

horror. El cielo tenia puestos los ojos en esta ilustre predestinada, y para sacarla de un estado tan peligroso, mostróla, estando orando, el lugar que la estaba ya preparado en los infiernos si tardaba en dar fin á sus infidelidades. En un terreno cubierto de un lodo inficionado que exhalaba un hedor intolerable y estaba lleno de una infinidad de reptiles venenosos, divisó un subterráneo muy largo y estrecho semejante á una cloaca tenebrosa, y que terminaba en una pared en cuyo grueso habia una cavidad á manera de nicho. Vése súbito arrebatada al lodo de aquel lugar espantoso, y hállase dentro de la cavidad de la pared que se estrecha por sí misma, la aprieta, la muele, la consume y la abrasa hasta la médula de los huesos con los ardores de un fuego tanto mas activo quanto que estaba mas concentrado y se encarnizaba únicamente en su presa. Parecíala que la ahogaban y despedazaban, y en medio de su desesperacion, que era mucho mas cruel que todos los instrumentos de su suplicio, tiraba solo á destruirse á sí misma y á hacerse pedazos. Por mas crueles que fuesen los dolores que habia experimentado Teresa en una larga série de enfermedades, las mas insoportables que podian padecerse segun la relacion de los médicos, protesta que todo esto era nada en comparacion de la violenta agonía en que estaba su alma en aquella formidable prueba de la divina justicia.

28. La Santa recibió otros favores mas singulares que este terror dichoso. La vision de la santa humanidad del Salvador, la de la Reina de las vírgenes y

de muchos Santos, el don de contemplacion y de lágrimas, los éxtasis y los raptos, muchas veces en público, no obstante su gran repugnancia á servir así de espectáculo, y á pesar de su resistencia y de todos sus esfuerzos, fueron tan frecuentes y tan famosos, aun en el tiempo en que no estaba del todo libre de sus imperfecciones, que se hallaban divididos en esta parte los juicios de los doctores y directores mas ilustrados de España. Por espacio de cerca de veinte años despues de haber entrado en el claustro, tuvo su corazon repartido entre Dios y la vanidad, y en estos veinte años no cesó Dios de favorecerla con los dones mas prodigiosos para llamarla del todo hácia sí. Esto fue lo que causó tanta incertidumbre á sus confesores acerca de la sublimidad de su oracion, pues no la veían establecida en el fundamento sólido, esto es, en la mortificacion cristiana y en el desprendimiento de las criaturas y de sí misma.

29. Pero la gracia mas singular y preciosa que otorgó entonces el Señor á Teresa fue inspirarla y conservar en ella, entretanto que duraron estos tiempos nebulosos, un horror sincero al vicio con las virtudes principales del cristianismo, y muchas en grado eminente. Mantúvose su alma siempre tan pura, que en la edad mas avanzada, cuando sus hijas la comunicaban las inquietudes de su conciencia, y la pedian consejo acerca de las importunidades que causa esta carne de corrupcion á las almas mas fervorosas, no entendia aquella vírgen, semejante á los espíritus puros, lo que obligaba á gemir á las demás. Eran iguales

á su pureza su caridad y humildad. Nunca dió la menor señal de ódio ó de envidia: nunca se prefirió ni aun á la menor de sus hermanas: todas la parecían infinitamente mejores que ella; y cuando éstas no opinaban del mismo modo, creía que Dios por sus altos juicios las vendaba los ojos para que no viesen el número y la gravedad de sus faltas. Disponíala así el Señor muy de antemano, para que fuese, á pesar de sus flaquezas, el instrumento de sus obras mas brillantes. Cuando despues se vió combatida de contradicciones, perseguida y molestada en extremo, durante la penosa carrera de sus fundaciones, ya por los superiores y ya por personas particulares destituidas de todo carácter, siempre juzgó que sus perseguidores tenían razon, que por lo menos habian tenido buenas intenciones, y que sus reveses nacían únicamente de su imprudencia ó de alguna falta secreta en que habria incurrido.

30. No fue guiada la beata Catalina de Cardona por unos caminos menos extraordinarios que los de Teresa que le profesó una amistad íntima, y nos ha transmitido lo que vamos á referir⁽¹⁾. Descendía Catalina de la ilustre casa de los duques de Cardona, y añadió la penitencia y las mas rigurosas maceraciones á una inocencia angelical, aun cuando vivía en el mundo con las personas de su clase. Pero deseando adelantar mas y mas en el camino de la perfeccion evangélica, y entregarse sin obstáculo á la penitencia,

(1) *Fundac. de Santa Teresa, c. 27.*

formó el designio de retirarse á algun lugar solitario y oculto, donde solo Dios fuese testigo de sus acciones. Comunicó su pensamiento con varios doctores, que considerando únicamente las consecuencias de un fervor indiscreto y juzgando de Catalina por las reglas comunes, procuraron disuadirla. Tomó en fin por confesor á un religioso de San Francisco llamado el padre Francisco de Torres, hombre de oracion, muy versado en las cosas interiores y sumamente práctico en el discernimiento de espíritus. Distinguió en su penitente una alma de extraordinaria energía, y no se detuvo en aconsejarla que respondiese á la voz que la llamaba, contando con las gracias que comunicaba Dios á los que no saben negarle nada.

Un ermitaño de Alcalá, á quien suplicó que la guardase un secreto inviolable, llevóla al sitio desierto, donde fundó despues para los carmelitas descalzos el monasterio de nuestra Señora del Socorro, á tres leguas de Villanueva de la Casa. Hallando allí una pequeña caverna, en que apenas cabía una persona, quedóse en ella la Santa sola, con tres panes que la dejó el ermitaño sin ninguna otra provision. Vivió en aquel sitio mas de ocho años, y en la mayor parte de ellos no tuvo mas alimento que las yerbas y raices que crecían en un parage tan inculto. Encontróla casualmente despues un pastorcillo, y solía llevarla algunos mendrugos de pan, ó un poco de harina, con la que hacía unas tortitas insípidas, teniendo para tres dias en cada una de ellas. Perdió

de tal modo el gusto con este método de vida, que en ciertas ocasiones en que la natural condescendencia de su carácter la obligaba á tomar alguna cosa mas nutritiva, no podia su estómago recibirla bien. En cuanto al vino ignoramos que le probase nunca. Aunque no nos constan las demás austeridades á que se entregó, y cuyos únicos testigos fueron casi siempre Dios y su gruta, con todo eso, como era muy inclinada á la penitencia y no tenia persona alguna que pudiese moderar su fervor, debemos creer que fueron terribles. Los cilicios, las disciplinas y las cadenas de hierro que aplicaba á su cuerpo, eran tan crueles que una pobre muger que se hospedó en el mismo cuarto que ella en una peregrinacion, y fingió que dormia de noche, se quedó horrorizada al verla limpiar la túnica que estaba toda llena de sangre. Siendo su vestido del paño burdo que usaban los mas infelices aldeanos, bastaba por sí solo para formar un áspero cilicio.

Habiéndose dilatado la fama de su virtud despues de algunos años de tan maravillosa penitencia, acudia un gentío inmenso para ver por sus propios ojos lo que habian oido referir. Aunque la eran muy sensibles estas distracciones, hablaba á todo el mundo con mucha dulzura y con una caridad afectuosa, de suerte que nunca se la advirtió la menor señal de impaciencia. A pesar de su profunda humildad vióse obligada muchas veces á darles la bendicion, porque no querian retirarse sin este consuelo. Tuvo inspiracion al cabo de ocho años de fundar en el lugar de su

retiro un monasterio de carmelitas descalzos, de los cuales no podia tener noticia como no fuese por revelacion. Pasó con este objeto á la villa de Pastrana, donde se acababa de establecer un convento de la misma órden, fundacion de la Princesa de Éboli, su antigua amiga. Tomó allí el hábito del Carmelo, pero sin abrazar la vida religiosa, á la cual no tuvo nunca inclinacion. Guiábala el Señor por otro camino, y no queria que una austeridad tan á propósito para reanimar el espíritu de penitencia, ó á lo menos para confundir á los pecadores impenitentes, quedase abismada en la obscuridad del claustro.

Fuéle necesario ir á la corte para remover los obstáculos que se oponian á la fundacion; y fue ésta sin duda alguna la diligencia mas penosa para ella despues de haber abandonado aquella morada de la vanidad y de la falsa prudencia del siglo. No la sirvió de poca mortificacion el haber de sufrir en el camino los testimonios de la veneracion de los pueblos que iban en su seguimiento; cercaban las posadas donde descansaba, y cortaban pedazos de sus hábitos, para conservarlos como reliquias preciosas. Exhalaba su cuerpo un olor de santidad que se estendia á mucha distancia. No fue menor la admiracion que causó Catalina en la capital y en el mismo palacio de los Reyes, que la que habia producido en las provincias. ¡Tanto se distingue la verdadera piedad, aun prescindiendo de sus exterioridades y de las preocupaciones del siglo, de la devocion caprichosa. La Santa logró en la corte y en todas partes lo que solicitaba para la

fundacion de su monasterio que edificó poco despues. Erigióse la iglesia encima de su gruta, y cerca de ella se formó otra cueva en la que vivió aun cinco años: prodigio igual al de sus austeridades, las cuales hacian naturalmente imposible la prolongacion de su vida. Depositóse su cuerpo en una capilla de la Virgen, á la que habia profesado siempre una devocion muy particular. Los pueblós de la vecindad conservan todavía tanta veneracion á esta iglesia, y en especial á la caverna que está dentro de ella, que la piedra teñida con la sangre de aquella inocente víctima de la penitencia, parece que conserva igualmente el sello de su santidad.

31. En aquellos tiempos calamitosos en que multiplicándose las sectas se abandonaban á los últimos escesos del furor, y vomitaban las mas atroces calumnias contra la iglesia romana, importaba á la fe y era muy propio de la divina Sabiduría multiplicar los egemplos heróicos de unas virtudes que, á pesar de la fragilidad humana, se forman de continuo, pero solo en el centro de la unidad católica. Aquí fue donde la adolescencia ó por mejor la infancia en Estanislao de Kostka, del mismo modo que la fragilidad del sexo en Teresa de Cepeda y Catalina de Cardona, se vió adornada de las gracias singulares que á los diez y ocho años le elevaron á una santidad digna del culto público (1). Sus padres, que ocupaban uno de los lugares mas distinguidos en Polonia, cuidaron

(1) Orleans, Vid. de S. Estanisl. l. 1,

desde luego de darle una educacion digna de la grandeza de su casa; pero por mucha que fuese su diligencia, anticipóse á ellos el Espíritu Santo que quiso ser su primer maestro. El primer uso que hizo de su razon, tan felizmente preparada, fue dar á Dios todo su corazon: y con la abundancia de las gracias que se siguieron á esta fidelidad, elevóse desde la infancia á tal grado de perfeccion, que le miraban sus padres como un ángel, y tenian la costumbre de darle este nombre.

Lo parecia con efecto, así en su semblante como en su inocencia, dulzura y amabilidad; pero su belleza, como dice San Ambrosio hablando de la mas pura de las vírgenes, solo inspiraba respeto y deseos de ser casto. Era tan delicado su pudor, que bastaba una palabra por poco libre que fuese para trastornarle enteramente; de suerte que su padre, que le amaba en extremo, tenia gran cuidado de que delante de él se hablase siempre con la mayor reserva, y cuando no podia hacerlo de otro modo, suplicaba francamente á los que empezaban á deslizarse que se compadeciesen del pobrecito Estanislao. Siguiendo el egemplo de otros muchos nobles polacos, le enviaron á estudiar á Alemania; pero cuando la mayor parte adoptaban las nuevas doctrinas y se abandonaban á las costumbres depravadas de los enemigos de la Iglesia, él hizo cada dia nuevos progresos en la piedad sincera y en la pureza de corazon. Todos deseaban verle cuando asistia á los divinos oficios, inflamado el rostro como un querubin, y abismado el espíritu

en la contemplacion de las bondades del Señor, á la presencia del sacramento de su amor. Su vista sola inspiraba veneracion á todo el mundo, y causaba devocion á los mas fervorosos.

Sin embargo, como la corona de la inmortalidad solo se adquiere con violencia, y todos los que se empeñan en seguir á Jesucristo por el camino de la piedad perfecta deben padecer persecucion, tuvo que sufrir Estanislao todo género de contradicciones y de ultrages de su hermano mayor, y aun de su maestro. Procuraban confundirle siempre, y ridiculizarle en todo lo que hacia: le trataban de obstinado y salvaje, le acusaban de bajeza de alma y de unos sentimientos indignos de un hombre de distincion y aun meramente sociable. Persuadido el santo niño á que lo que se llama comunmente espíritu de sociedad y ciencia del mundo, no es mas que el arte de olvidarse de Jesucristo y de sus máximas, respondia á todos estos cargos que conocia que no era él á propósito para vivir en el mundo, y que Dios le habia criado para sí solo. Llegó la brutalidad de su hermano á castigarle muchas veces, y aun á darle de palos; y Estanislao lo sufría todo con la constancia de un mártir. En el espacio de dos años que duró esta persecucion, no se le oyó jamás quejarse, ni proferir una palabra que manifestase poca conformidad. Al contrario, procuraba complacer en todo á este hermano desnaturalizado, siempre que podia hacerlo sin faltar á su conciencia, y aunque solo tenia dos años menos que él, le obedecia como hubiera podido obedecer á su padre.

Una alma tan agena de las máximas del mundo, no podia fijarse en él. Muy en breve se sintió llamado á la compañía de Jesus. Despues de alguna irresolucion, la cual lloró en lo sucesivo como su mayor falta, se armó de toda la fuerza que habia adquirido con el uso de los trabajos, y se determinó á seguir la voz de Dios, á pesar de la resistencia y del poder de sus parientes. Se escapó de Viena, donde estaba estudiando á la sazón, despues de haberlo consultado con Dios y con prudentes directores; se quitó el vestido al salir de la ciudad para dárselo á un pobre; se puso un saco que habia llevado consigo; se ciñó el cuerpo con una cuerda; ató á ella el rosario, y echó á andar alegremente con el bordon en la mano. De esta suerte llegó á Augsburgo, y pasó despues á Dilinga para solicitar su entrada en los jesuitas ante los primeros superiores que tenian estos religiosos en Alemania. No habiendo podido conseguirlo sin el consentimiento de su padre, se armó de nuevo valor, volvió á ponerse en camino con el bordon en la mano, y atravesando otras veinte provincias, caminó infatigablemente hasta llegar á Roma.

Tienen los Santos, como todos los hombres de unas mismas inclinaciones, un tino particular para discernir á sus semejantes. Tres años habia que gobernaba San Francisco de Borja la compañía de los jesuitas en calidad de general, cuando llegó á Roma San Estanislao de Kostka con cartas en que los jesuitas alemanes daban testimonio de su constancia heroica, de su eminente piedad y de mil cualidades

admirables que habian advertido en él. El santo general acogió al santo prosélito con el mayor afecto sin dejarle estar dudoso un solo instante, y le dijo, echándole los brazos al cuello: „Te admito con mucho gusto, Estanislao. Tengo tantas pruebas de que Dios te quiere en nuestra compañía, que no puedo negarte la entrada en ella. No será extraño que tus padres levanten una tempestad peligrosa. Si así sucediere, el Señor cuidará de calmarla. Trata tú solamente de agradarle y de ser un religioso perfecto, así como has sido un estudiante piadoso.”

Es difícil explicar el gozo que experimentó Estanislao en el momento en que vió caerse las cadenas con que se habia libertado de la esclavitud del mundo, y especialmente cuando poco despues se vió con el hábito de la religion en toda la libertad de los hijos de Dios. Tenia el espíritu tan lleno de su felicidad, que repetia á cada paso con semblante inflamado, y las mas veces con lágrimas de alegría: „Aquí es nuestra suerte semejante á la de los bienaventurados en el cielo. Dios es todo nuestro del mismo modo que de ellos, y nosotros somos todos de él. Si los bienaventurados tienen la ventaja de gozar sin temor, nosotros tenemos la de aumentar de dia en dia nuestros méritos y nuestra corona.”

Si el santo novicio gozaba el placer de los ángeles, como que estaba dotado de todo el fervor de estas puras criaturas, observaba sus reglas con una exactitud que servia de ejemplo á los religiosos mas antiguos. Ninguna dificultad hallaba en cumplir los

preceptos de sus superiores, y nada egecutaba con mas gusto que las cosas que llevaban consigo cierto aire de bajeza y humildad. Lejos de disculparse jamás, era el primero en acusarse de sus faltas, y procuraba que las advirtiesen los demás, de suerte que al ver los colores con que las revestia, decian comunmente sus compañeros que era un gran calumniador de sí mismo. El mayor disgusto que se le podia dar era elogiarle ó hablarle de la grandeza de su casa. Pero procediendo de muy diferente modo que aquellos devotos á medias, en quienes conserva la virtud el sello de su humor indigesto, tenia mucho cuidado de no ofender con ademanes desdeñosos, ni con palabras ásperas á los que, por decirlo así, le regalaban el oido. Tenian todas sus virtudes aquel carácter de dulzura y amenidad que le hacia amable á todo el mundo. A nadie despreciaba; sufría con paciencia los defectos de las personas mas imperfectas; conversaba gustoso con los mas simples, y se acomodaba al genio, al humor y á los modales de todos con una condescendencia tan natural y cariñosa que se tenia por dichoso cualquiera que podia pasar una hora en su compañía. En una palabra, Estanislao habia aprendido perfectamente á ser pacífico y humilde de corazón: leccion esencial de la escuela de Jesucristo, cuya práctica, junta con la imitacion de María en su inviolable fidelidad á la gracia y á la regla, ó á las obligaciones de su estado, formó de él un Santo á la edad de diez y ocho años.

Así es que en la estación en que apenas abren las

flores, habia llegado ya á la madurez: y no tardó el Señor en quitar á la tierra una alma, de la cual solo era digno el cielo. Aun no se habian cumplido diez meses desde que entró en el noviciado, cuando á principios del mes de Agosto tuvo un aviso interior de que estaba cerca el fin de su vida. Lo manifestó á algunas personas, que, atendiendo á su corta edad y al buen estado de su salud, no pudieron creerlo. De allí á pocos dias le entró una leve calentura, y al acostarse dijo con toda seguridad que no volveria á levantarse de la cama. Habia pedido á la Santísima Virgen, de la cual era especial devoto, que le concediese la gracia de morir antes de la fiesta de su asuncion gloriosa, para que pudiese asistir en el cielo á la renovacion que se hace de su triunfo en aquel santo dia. En la víspera de esta festividad esperimentó un sudor frio, y cayó en un abatimiento tan repentino, que fue necesario administrarle á toda prisa los sacramentos. Los recibió con una alegría y una devocion tan fervorosa, que, en cierto modo, le hicieron superior á su natural flaqueza; dijo algunas palabras edificativas que enternecieron é hicieron llorar á todos los concurrentes; hizo en voz bastante alta algunos actos de contricion y de amor de Dios; se recogió despues profundamente, y, habiéndosele aparecido la Virgen Maria acompañada de un coro numeroso de vírgenes, como lo dijo entonces el mismo Santo, espiró con tranquilidad á las tres de la mañana, el dia de la Asuncion, 15 de Agosto de 1568.

Luego que murió Estanislao se esparció por toda

la estension de Roma el olor de su santidad, semejante á los perfumes que nunca se perciben mejor que el momento en que acaban de consumirse. Concurrió un gentío inmenso á su funeral: parecia un aparato de triunfo, mas bien que una ceremonia lúgubre. Todos deseaban verle, y eran mas las señales que se advertian en su cadáver de la inmortalidad bienaventurada, que los vestigios que habia dejado en él la muerte. No se habian alterado sus facciones; subsistia la frescura de sus hermosos colores, y conservaba su semblante aquella dulzura y serenidad que encantaba á cuantos habian tenido la fortuna de tratarle. Así, lejos de experimentar al verle el horror secreto que inspira el aspecto de un muerto, se quedaban embobados todos los que le veían; le besaban los pies y las manos; aplicaban á su cuerpo libros y pañuelos, y recogian con respeto las flores que le adornaban: lo que dió motivo para que dijese el sábio Toledo, que fue despues cardenal: „acaba de morir un niño, y van todos á verle. ¡Ay de mí! Nosotros moriremos quizá muy viejos, ¿y cuál será la memoria que dejemos!”

Bastó Estanislao de Kostka para inmortalizar su casa, la cual es todavía célebre en los fastos de la Iglesia, á pesar de que hace muchos años que quedó estinguida en Polonia, donde llegó á ser tan poderosa que disputó la soberanía. ¡Cuál fue la ceguedad de su padre cuando para sostener el lustre de su nombre, disponiendo á su arbitrio de la vocacion de su hijo, procuró arrancarle del seno de la religion, y